

La Retórica de un Creador

A un año largo de la desaparición de Juan José Morosoli, nos llega el libro que meses antes de su muerte había entregado para la publicación (1) y nos llega con subrepticio aliro de cosa viviente del que puede desconfiarse, porque este libro no se ha enterado de la muerte de su creador y en su contrapaja sigue escribiendo: "Nació el 19 de enero de 1899 en la ciudad de Minas, República Oriental del Uruguay, donde actualmente reside".

En él recogió Morosoli 29 cuentos que ya había publicado en la prensa, bajo este título que dice de su secreta dirección y que se justifica en la lectura del material que cobija: **Tierra y tiempo**. Porque espiritualmente a su vez extremen las circunstancias definitorias de su mundo que el lector de Morosoli notaría por sus anteriores colecciones de cuentos: es fluir manso del tiempo que parece gotear como si lo manejara la eternidad y a través del cual se va tramando el destino de los seres casi sin que éstos tengan participación activa en él; esa trenza fuerte con que el hombre se vincula a la tierra, queriéndola y reshusándose a ella para afirmar su estar en la vida, por encima del halago, de esa tierra en última instancia mortal.

Por leyendo ahora del corrido estos 29 cuentos, y leyendo después su anterior colección **Vivientes** (1933) y también **Hombres y mujeres** (1944), se nos hace cierta y comprensible una confesión que formulaba Morosoli a un amigo muy pocos días antes de morir repentinamente. Le decía que él podía seguir escribiendo cualquier cantidad de cuentos como los que había publicado hasta ese momento (diciembre de 1956) pero que continuar haciéndolo ya no tenía interés pues no haría sino repetirse. Y más aún: expresaba que entendía que ese camino ya estaba agotado, y a partir de ahora se proponía comenzar una novela, no como **Muchachos**, que es en suma una colección de sus cuentos, sino intentando el análisis psicológico, interior, de los personajes. Podría decirse que su destino particular se opuso a tal empeño; no sabemos qué podía haber resulta-

do de ese nuevo camino, y la muerte se apresuró a dejarnos de él esta imagen literaria tan homogénea, por que toda la obra de Morosoli, con la parcial excepción de **Los bañiles de los Tapes**, tiene una misma inspiración y una idéntica forma.

Esa forma es visible aquí, en este libro donde encontramos la plasticidad del habla con que Morosoli acompaña el lenguaje de sus personajes, la estructura fragmentaria que permite recoger instantes significativos de una vida, el entrecruzado de los acaecerdes para ir formando un destino, los personajes mansos, humildes, que se van plasmando sobre las rugosidades de su tierra. Todo resulta idéntico a sus anteriores colecciones de cuentos, y sin embargo es diferente, porque no suena "vivo" y hondo, no sacude al lector con su intuición de vida y de verdad, suplantadas por una flexible habilidad narrativa casi mecánica que se repite una y otra vez en cada cuento sobre un invariable esquema.

No quiere decir esto que a Morosoli haya perdido repentinamente su reconocido talento de escritor, y a quien quiera reencontrarle en toda su intensidad apretada y altiva le bastará leer cuentos como "Heimano" o "Solead" que pueden contar en la antología de sus mejores páginas. En ellos la levísima urdimbre que va desarrollando su peculiar estilo calado envuelve, sin afectar nada de su misteriosa vida, a los personajes en trance de descubrir una circunstancia crucial del mundo. Pero lamentablemente eso es la excepción: los cuentos del volumen transcurren sobre un tono monótono, repiten modos de penetración de los temas; y hasta repiten esos temas: "Froneriza" y "La señora" son dos cuentos superpuestos, con un mismo personaje, Cedres, y una misma situación; "Arboleya" y "El burro" desarrollan la misma historia del hombre solo que se asequence.

Decía una vez Mauriac que los críticos afirman que un escritor tiene estilo y cosmovisión propia cuando empieza a repetirse y aunque parezca algo injusta la censura — ya que un escritor se repite fatalmente en

la medida en que crea un mundo coherente y particular — ella nos muestra un aspecto de la creación literaria de nuestro siglo que tiende a lo homogéneo y a lo específico. Pero al mismo tiempo es una alerta para no confundir la auténtica invención, jugosa, original, viviente, con la repetición mecánica, que por ser obra del propio creador ostenta mejillas hábilmente pintadas pero con un color que ya es el del artificio y no el de la naturaleza.

Lo que en estos cuentos de Morosoli sigue funcionando, es su oficio, la habilidad casi mecánica de un escritor avezado en laborar un retazo de la realidad que venía escudriñando desde 1936, pero aquellos personajes vivos en una desolada existencia se traducía en la dura frase "somos unos desgraciados vivientes y más", aquí se adelgazan hasta transformarse en marionetas. Porque son muy visibles los hilos del aparato que pone en funcionamiento el autor, estableciendo las combinaciones ya ejercitadas con una cierta displicencia que se ve con claridad en el uso insistido de anécdotas menores, de casi chascarrillos puestos en acción, de pequeñas ocurrencias tipificantes.

Pero hay algo más que importa señalar: al faltar vida y auténtica inspiración, se ven más diáfamanente las limitaciones invencibles de este arte, y quizás la lectura cuidadosa del libro pueda ser de gran utilidad para un real creador como es Julio C. Da Rosa, quien ha recogido con auténtica calidad la sucesión literaria de Morosoli. No pretendemos que quede invalidado el criollismo en su totalidad, y siempre nos ha parecido que discriminar jerárquicamente los temas, disponiendo que unos son viables y otros no, es una tarea crítica vana. Es la actitud artística y humana que está alimentando esta creación la que nos parece restringida de antemano, la que veda al autor el cabal examen de muchas situaciones. Cuando se lee el cuento "Una virgen", por ejemplo, se toca un tema, una realidad, una situación literaria, rica en posibilidades, y su frustración está en haberse aplicado un esquema formal con el cual se consigue muy poco, porque



lo que allí importa es el trance interior del personaje que no hay modo de explicitar merced al sistema de connotaciones exteriores a que recurre el arte típico de Morosoli.

Lo que hacía el respeto sensible de Morosoli por sus personajes, su estar con ellos dejándolos vivir en libertad, aquí se nos muestra como inclinación peligrosa a aceptar meramente un mundo real, complacido en su descripción, es decir a caer en el simple y afinado pintoresquismo, carente del esfuerzo normativo por el lado, o del esfuerzo interpretativo de la más honda verdad por el otro, que son dos de las más visibles líneas de fuerza de un arte realista.

Todo el arte de Morosoli se nos presenta como un largó ejercicio de la piedad (en su más amplia connotación) que es sin apelar al panfleto esquemático lograba una resonación espiritual del lector porque le permitía ver lo que los personajes no alcanzaban a ver atisbando en la oscuridad de su mundo. Aquí nos aproximamos demasiado a una sim-

La Retórica de un Creador

(Viene de la pág. 20)

ple resignación: el norte que orienta este mundo se nos aparece como el de un mero vivir que se satisface en sí mismo y que tiende a un inmovilismo absoluto.

La muerte ronda siempre a estas criaturas — son muchos los cuentos sostenidos sobre los funerales o las largas enfermedades — pero lo que su autor les permite encontrar luego de esta convivencia, es el simple olvido de la muerte para que así puedan anegarse en un vivir que no deja de ser precario, mínimo y revocable, y donde no llegan a aspirar a una verdad mayor. Dentro de ese modo de vida, los conduce al desdén de todo intento transformador, dejándolos saborear una conocida cartilla: ser buenos, criar hijos, desdeñar el dinero, no crearse complicaciones, limitarse, en fin, ¡vivir! (véase "El cumpleaños" o "El campo").

Aquellos seres que ya hayan logrado esa satisfacción (es el caso de los canteros en el cuento de ese nombre) serán golpeados de pronto por el drama, que forma parte indisoluble de la vida, pero la circunstancia privilegiada y removedora a que se enfrentan no dará lugar en ellos a una búsqueda, a una rebelión o a una interrogación inquieta, sino a otra mansedumbre entristecida. De tal modo que la piedad ardiente con que Morosoli creaba un mundo, da lugar ahora a una blanda resignación: nos quedamos en la corteza inexplicada de la vida, en su halago episódico y menor, en su apariencia indulgente.

Lo que no ha habido en su arte es un progreso, un enriquecimiento literario que llevara al autor a un crecimiento de la parte más importante de su creación, adoptando nuevos modos expresivos en que pudiera traducirse con más exactitud y sabiduría. Cumplióse así una de las más desdichadas constantes de nuestra cultura, donde los escritores, una vez que descubren algo, se mantienen tercamente aferrados a eso sin intentar nada más: si mueren jóvenes quedan tipificados, si pasan los cuarenta años pierden la frescura y el chispeo de las creaciones originales y la repetición hace homogéneamente mecánico el todo.

Lo curioso es que Morosoli tenía clara conciencia de esta verdad, y murió cuando quería superar esa abigante situación artística. La muerte lo ha burlado, y es justo no considerer de este libro sino el breve conjunto de excelentes cuentos, desdeñando lo demás. Ellos, más sus grandes libros, nos dan el retrato de un alto creador, con un sitio que ha ganado en nuestra literatura y en el que permanecerá por el solo mérito de su calidad artística.

Angel Rama